

PLÁTICA IV.

NATURALEZA DE DIOS Y SUS ATRIBUTOS.

Excelsior cælo est, et quid
facies? profundior inferno, et
unde cognósces? (*Job*, xi, 8).

Teniendo, como confío teneis, profundamente grabadas en vuestro corazón las verdades que en la instrucción pasada os enseñé sobre la existencia de Dios, me parece vais á hacerme esta pregunta: ¿quién es este Dios cuya existencia debemos creer? Vosotros aquí me haceis una pregunta á la que no puedo dar una respuesta justa, adecuada y satisfactoria. Dios, hijos, es un ser tan elevado que no podemos comprenderle con nuestro pequeño entendimiento, ni formar de él una idea perfecta; *excelsior cælo est*. Siendo Dios un ser infinito, dice santo Tomás ¹, y siendo nosotros criaturas limitadas, si pudiésemos perfectamente comprenderle, ó él no sería lo que es, ó nosotros no seríamos lo que somos; porque ó él dejaría de ser infinito, ó nosotros dejaríamos de ser limitados.

Pero esto no impide que podamos nosotros concebir alguna idea de Dios, imperfecta sí, pero bastante pura, bastante clara y exacta, para conocer lo que él es respecto á nosotros, y lo que nosotros somos en orden á él, para hablar dignamente de él y tener una íntima persuasión de su poder, sabiduría, bondad, justicia y otros atributos adorables. Y esto

¹ D. Thom. 1 part. quæst. 12, art. 7.

nos basta, ni necesitamos mas para el buen arreglo de nuestra vida, que es lo que mas importa.

Entro pues á hablaros de la naturaleza de Dios, y á exponeros sus adorables atributos, no todos, porque esto fuera imposible; sino los mas principales y menos difíciles de entender.

Para explicaros lo que es Dios, segun puede concebirlo nuestra débil comprensión, dejo aparte aquellas doctrinas sutiles y abstractas, que al paso que serian incomprensibles de la mayor parte de vosotros, dirian mal en quien debe instruir al pueblo, no como profundo teólogo, sino como simple catequista. Vosotros debeis aquí traer á la memoria la explicación que en vuestra niñez aprendisteis dar á los que os preguntaban ¿quién es Dios? Dios, respondíais, es un puro espíritu, simplicísimo, eterno, inmutable, santísimo, y perfectísimo en todo género de perfección. Así es, hijos, así es.

Dios es un *puro espíritu* que no tiene cuerpo, ni figura, ni color, ni calidad sensible ó material; y de consiguiente no puede ser visto con los ojos, ni tocado con las manos, ni percibido con alguno de nuestros sentidos. Cuando os vengan, pues, los ateistas del día á preguntar: ¿á Dios quién le ha visto? respondedles que tal pregunta es una borricada insigne, y dejadlos estar. Si Dios, dice santo Tomás ¹, fuese compuesto de partes materiales, estaria sujeto á cambiarse, cosa que repugna á su naturaleza. Así pues cuando la Escritura y los predicadores parecen atribuirle brazos, ojos, piés,

¹ D. Thom. 1 part. quæst. 3, art. 1.

corazon, etc., como si tuviese un cuerpo ni mas ni menos que el nuestro, tales expresiones no debeis entenderlas materialmente como suenan, sino que debeis tomarlas en sentido metafórico y espiritual. Las divinas Escrituras hablan así á lo humano, para acomodarse á nuestra incapacidad; pero con este modo de hablar no quieren significar otra cosa que ciertas perfecciones de Dios, que de otro modo no podríamos entender: por ejemplo, por los brazos quieren significarnos su poder, por los ojos su inteligencia, por los piés su estabilidad, por el corazon su voluntad, y así andad discutiendo.

Dios en segundo lugar es *eterno*. Eterno quiere decir que siempre ha sido y siempre será, que jamás ha tenido principio ni jamás tendrá fin. Siendo Dios esencialmente inmudable, dice santo Tomás ¹, no puede concebirse un momento en que no haya sido, ni un momento en que pueda dejar de ser. Este atributo es tan propio de Dios, que no puede convenir sino á él. Es verdad que nuestras almas son inmortales, y durarán eternamente; pero esto no es por razon de su naturaleza, sino por divino favor; pues si Dios les retirase aquel brazo con que las sostiene, al punto recaerian en su primitiva nada. Dios solo es el ser necesariamente existente por sí mismo; Dios solo abraza todos los tiempos y todas las duraciones, ó mejor dicho, no hay en Dios ni pasado ni porvenir, sino un invariable presente.

Dios en tercer lugar es *inmudable*. Este término inmudable quiere indicarnos que no está sujeto á mudanza alguna, que está siempre en el mismo estado. Porque, como dice el angélico Doctor ², siendo Dios infinito en todo género de per-

¹ D. Thom. 1 part. quæst. 10, art. 2. — ² Ibid. quæst. 9, art. 1.

feccion, nada puede perder ni nada adquirir. Todo lo de este mundo es de su naturaleza voluble, variable, sin tener nunca un estado de consistencia. Nosotros mismos estamos en mudanza continua; mudamos de edad, de pensamientos, de gustos, de inclinaciones, pasando diariamente por mil cambios de alma y de cuerpo. No así Dios: él está siempre inalterable y fijo en su ser, en sus pensamientos, en sus afectos y querer. Bien es verdad que á nuestro pobre entendimiento le parece haber ocurrido mudanzas en Dios, como cuando crió el mundo, cuando se hizo hombre, cuando envió el diluvio, etc.; pero estas y otras cosas que para nosotros son nuevas, no suponen ninguna mudanza en Dios; porque él sin mudar de determinacion, sin hacer ninguna resolucion nueva, va ejecutando sucesivamente en el tiempo cuanto tiene decretado ejecutar desde la eternidad. Todo el cambio, pues, está en las criaturas, no en Dios.

Dios en cuarto lugar es *perfectísimo*. Perfectísimo quiere decir, que él contiene en sí cuanto de bueno, cuanto de hermoso, cuanto de amable puede hallarse en las criaturas, y aun infinitamente mas; y que lo contiene sin mezcla, sin sombra de imperfeccion ó defecto. Observad como las perfecciones en las criaturas están repartidas, sin que sea posible encontrar una que las tenga todas. Tulio, por ejemplo, fue un gran orador, pero no fue un gran poeta: Homero fue un gran poeta, pero no fue un gran astrónomo: gran astrónomo fue Tolomeo, pero no fue un gran guerrero: gran guerrero fue Alejandro, pero no gran profeta como David. Y si hubiese un hombre que poseyese todas las perfecciones de que es capaz la humana naturaleza, todavía le faltarian las que son propias de la naturaleza angélica: y si un Ángel poseyese todas las perfecciones que pueden convenir á todos los Ánge-

les, aun le faltarian las de otras criaturas posibles que Dios puede crear.

No así Dios, hijos míos, no así Dios; él contiene las perfecciones de todos los hombres, de todos los Ángeles, de todas las criaturas posibles, y aun infinitamente mas. ¿Quién puede oír esto sin sentirse palpar el corazón de amor de Dios? ¡Ah cristianos! Todos los días os entusiasmais, os enloqueceis por una hermosura terrena, bien que caduca, bien que acompañada de mil defectos é imperfecciones; y una hermosura eterna, una hermosura infinita y sin sombra ¿no os merecerá el corazón?... ¿Y qué le falta á Dios para que no le ameís? ¿Qué podeis desear que no lo encontréis en él eminentemente? ¿Deseais hermosura? Hermosísimo es. ¿Deseais talento? Sapientísimo es. ¿Deseais riquezas? Riquísimo es. ¿Deseais poder? Poderosísimo es. ¿Deseais amor? Amorosísimo es... Seguid, seguid por todas las criaturas; y si todas juntas os presentan los motivos de amor que os presenta Dios, os doy licencia para que volvais á Dios las espaldas, y consagreis á las criaturas vuestro corazón.

Dios en quinto lugar es *omnipotente*. Se le llama omnipotente, porque puede hacer todo lo que quiere; porque no hay cosa alguna que pueda resistir á su voluntad; porque es dueño absoluto de todas las cosas, y sobre todas ejerce su dominio. No debeis pensar por esto, que Dios pueda hacer cosa que desdiga de su ser. Aunque sea omnipotente no puede pecar, no puede mentir, no puede morir, etc.; porque estas cosas, dice santo Tomás ¹, mas bien son efectos de debilidad y miseria, que de fuerza y poder. A mas de que los atributos de Dios deben ir de acuerdo entre sí, y no destruirse

¹ D. Thom. 1 part. quæst. 25, art. 3.

mútuamente. Si pudiese pecar ¿dónde estaria su santidad? Si pudiese mentir ¿dónde estaria su veracidad? Si pudiese morir ¿dónde estaria su eternidad? A excepcion, pues, de lo que repugna á su ser, Dios puede hacerlo todo: y en este sentido se dice omnipotente.

Lo que aquí me admira es, que siendo Dios omnipotente, os infunda tan poco temor, y le ofendais con tanto descaro. Tú sabes, blasfemo, que Dios puede secarte la lengua mientras estás renegando; no obstante reniegas. Tú sabes, impuro, que Dios puede mandarte la muerte mientras estás cometiendo el pecado; no obstante lo cometes. Tú sabes, sacrilego, que Dios puede confinarte al infierno mientras estás profanando sus Sacramentos; con todo los profanas. Yo verdaderamente no sé cómo he de llamar ese proceder; no sé si he de llamarlo temeridad, locura, furor, ó qué: tal vez vosotros lo sabréis.

Dios en fin es *santísimo*. Entre los nombres de que se sirve la Escritura para darnos alguna idea de Dios, ninguno es mas frecuente que el de santo. Este es el título de que él mas se honra y gloria, el carácter por el cual mas se ha hecho conocer, el atributo que mas desea ver imitado de nosotros. Sed santos, nos dice en muchos lugares, así como yo lo soy: *Sancti estote, quoniam ego sanctus sum*. Bien sé que muchos pensais eludir este precepto diciendo, que la santidad no es posible á vuestras fuerzas y que no corresponde á vuestro estado. Pero ¿son verdaderas esas mentiras?

¿La santidad no es posible á vuestras fuerzas? ¿Y qué medios tuvieron los Santos que vosotros no tengais? ¿Son por ventura ahora menos eficaces los Sacramentos? ¿La Penitencia tiene menos virtud de perdonar? ¿La Eucaristía no contiene al mismo Jesucristo? ¿En el púlpito no resuenan las

mismas máximas? ¿En el confesonario no se inculcan las mismas doctrinas? ¿En el mismo mundo no se ven todavía ejemplos ilustres que animan á la virtud, é impelen á la santidad?... Doncella traviesa, ¿no está condenando tus amoríos y tus vanidades aquella amiga que poco há dejó el mundo, entró en un convento, y ocultó con el velo negro una hermosura que tal vez brillaba mejor que la tuya? Padre impío, ¿no está confundiendo tu irreligion aquella inocente hija, que en la edad mas peligrosa vive modesta, frecuente Sacramentos y observa en todos sus puntos la ley santa del Señor? Esposo infiel, ¿no está condenando tu conducta esa esposa amable que no se venga de tus infidelidades sino con la paciència, las lágrimas y encomendándote á Dios? Jóven relajado, ¿no está afrentando tu libertinaje aquel conocido tuyo que en la flor de la edad teme á Dios, ejercita la virtud, y vive puro como un angelito? Ya veis, hijos, ya veis que á quien quiere ser santo no le faltan ejemplos que seguir, no le faltan medios que practicar.

Pero la santidad, decís, no corresponde á nuestro estado. Os perdono ese disparate; porque quizá no comprendéis bien lo que es un Santo, ni cuál la santidad que se os pide. La santidad sabe tomar todas las fisonomías, se acomoda á todas las condiciones, y se aviene con el estado de cada uno. ¿Quiere un casado ser santo? Ame y respete á la consorte, cuide de sus hijos, y mírelos como un rebaño puesto á su cuidado, téngalos bien instruidos en la doctrina cristiana, enséñeles con el ejemplo á temer á Dios, á cumplir sus preceptos, á tener horror al pecado, á practicar la virtud: haga esto, y será un santo. ¿Quiere un soltero ser santo? Cumpla exactamente la ley santa del Señor, sea obediente á sus padres y superiores, huya la compañía de gentes malas y discolas, aparte las ocasiones de pecado, ejercítese en obras

buenas, como frecuencia de Sacramentos, devocion á Jesucristo y á su santísima Madre, asistencia á las funciones de iglesia: haga esto, y será un santo.

Pero haciendo esto, me replicais, no harémos grandes ayunos, grandes penitencias, grandes milagros como hacian los Santos. ¿Y qué?... ¿pensais que para ser santo es indispensable hacer grandes milagros y penitencias? Haciendo grandes penitencias y milagros pudiérais ser peores que demonios; y sin hacerlos podeis ser unos santos de primer orden. ¿Quién mas santo que María santísima? Sin embargo no leeréis que hiciese un solo milagro en toda su vida. ¿Quién mas penitente que Tertuliano? Con todo era un mónstruo de iniquidad. A mas de que, yo os digo que haréis grandes milagros y penitencias. ¿Qué milagro mayor que mantenerse puro un jóven en medio de un mundo tan corrompido como el nuestro? ¿Qué mayor penitencia que la que hace un padre de familia trabajando todo el año, aguantando el calor del verano, el rigor del invierno, la fatiga del cuerpo, y no teniendo para alimentarse sino un pedazo de pan ordinario y algunas legumbres mal condimentadas? ¿Sabeis qué os falta para ser santos? Una sola cosa, la voluntad.

Yo, hijos míos, os he dicho lo mas conducente para que os forméis una tal cual idea de Dios y de sus atributos, ya que no es posible formarla enteramente exacta y cabal; porque Dios es infinitamente superior á cuanto se puede decir y pensar. Si tenemos la feliz dicha de salvarnos un día, entonces sí que se rasgará el velo que nos le esconde, y le veremos tal como es, en su verdadera forma, cara á cara y abiertamente: *Videbimus eum sicuti est.* ¡Oh día feliz! ¿cuándo llegarás, cuándo? Quiera Dios que este día amanezca para mí y todos vosotros. Amen.